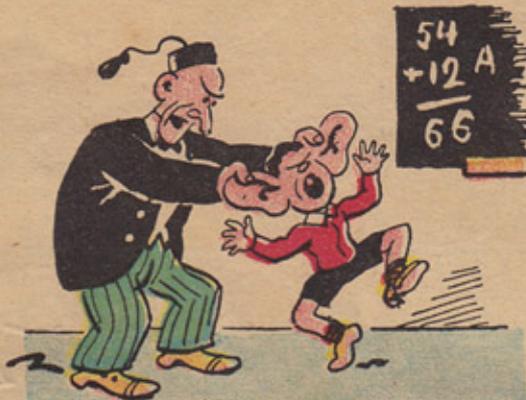


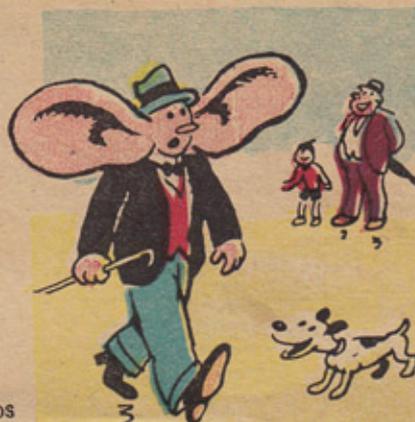
LAS OREJAS DE PABLITO



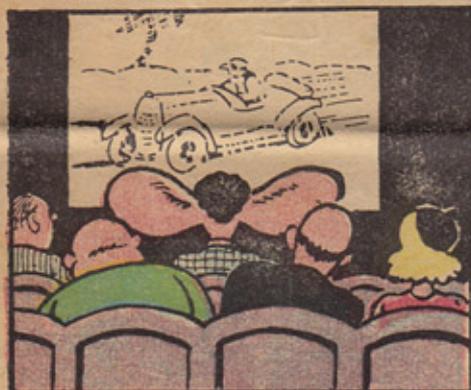
Pablito vino a este mundo con unas orejas tan enormes que fueron la admiración de sus padres y la punzante inquietud del que las poseía. Para colmo, como no era muy aplicado, el maestro se las estiraba con frecuencia, haciéndoselas crecer



aún más, dando ello motivo a que sus compañeros del colegio se burlaran de él. Resultando así que, cuando Pablito se vió ya hombre, sus orejas eran tan grandiosas que su paso por las calles provocaba el asombro de los transeúntes que



fuesen naturales unos apéndices de aquel tamaño. Cuando iba al cine, sus orejas no dejaban ver la pantalla a los que estaban tras él, lo



cual ocasionaba ruidosas protestas que sofocaban grandemente al desgraciado Pablito. Sin embargo, en cierta ocasión en que se hallaba practicando alpinismo, un mal paso le hizo caer por un precipicio de bastantes metros de



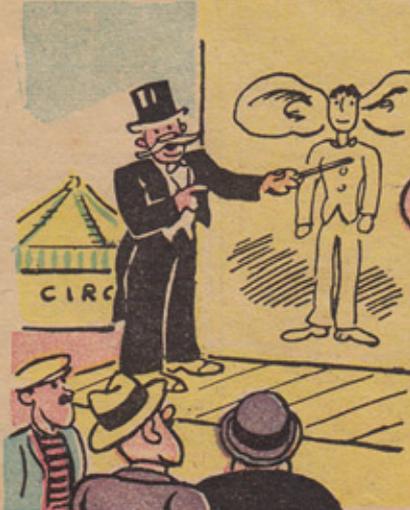
altura y entonces sus grandiosas orejas le sirvieron de paracaídas, permitiendo que llegara al fondo sano y salvo. En otra oca-



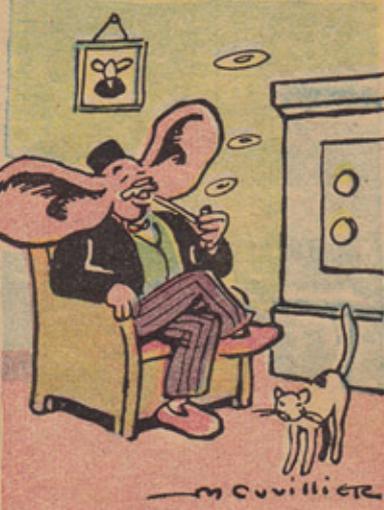
sión, viajando por el Pacífico, naufragó el buque que le conducía. Huelga decir que todo el pasaje fué a parar al fondo del mar, menos Pablito, que, refugiado en unas



tablas, tuvo de nuevo motivo de bendecir el desarrollo de sus orejas, pues gracias a ellas que le hicieron de velas, pudo ganar la costa, siendo luego contratado por un feriante que



le exhibía como a un curioso fenómeno y consiguiendo una fortunita explotando la admiración de las gentes. Por lo cual hoy Pablito agradece a la



Providencia que le haya dado tan fenomenales orejas, las cuales le han enriquecido después de haberle salvado dos veces su preciosa vida.